

INDICE.

| | Páginas. |
|--|----------|
| <i>Prólogo</i> | III |
| <i>Pensées et prière d'une Mère</i> | V |
| <i>Capítulo I.—Gran importancia de la niñera</i> ... | 1 |
| <i>Capítulo II.—Primera consideración, que es preciso no perder de vista</i> | 5 |
| <i>Capítulo III.—Primeros deberes á la vez fáciles é indispensables</i> | 8 |
| <i>Capítulo IV.—Cuán preciosa es el alma del niño</i> | 14 |
| <i>Capítulo V.—Gran responsabilidad de la niñera respecto de la educación de los niños</i> | 16 |
| <i>Capítulo VI.—Falta la más funesta</i> | 18 |
| <i>Capítulo VII.—Verdad y mentira</i> | 20 |
| <i>Capítulo VIII.—Justicia é injusticia</i> | 24 |
| <i>Capítulo IX.—Humildad y orgullo</i> | 25 |
| <i>Capítulo X.—Amor del prójimo</i> | 28 |
| <i>Capítulo XI.—Compasión</i> | 31 |
| <i>Capítulo XII.—Obediencia</i> | 34 |
| <i>Capítulo XIII.—La piedad</i> | 37 |
| <i>Capítulo XIV.—Tened cuidado de vuestra propia alma</i> | 42 |

CAPITULO I.

Gran importancia de la cuidadora.

La mayor parte de las familias hacen menos caso de una niñera que de una cocinera y le dan menor sueldo, creyendo que no tiene gran mérito cuidar bien á los niños.

Cuando una cocinera no conoce su oficio, sus amos, lejos de mostrarse satisfechos de los platos que echa á perder, no tardan en despedirla. Pero, cuando se trata de una niñera, son generalmente menos exigentes, y muchos padres no piensan en que la falta de educación pueda impedir á una joven el cuidar á los niños de una manera conveniente. Tal era, estoy seguro, la opinión de una Señora que me decía últimamente, que para un niño bonito como el suyo necesitaba una bonita nana. Esta Señora buscaba la belleza antes que ninguna otra cualidad. Cuando el dueño de un caballo tiene necesidad de un criado, la primera pregunta que dirige al que se presenta, tiene por objeto informarse si podrá cuidar convenientemente al animal, porque no sabiendo hacerlo, podrá darle agua después de una carrera, y obtener las consecuencias más funestas.

¿Un niño sería menos precioso que una bestia de carga?

No solamente su cuerpo es más delicado y más expuesto á todo género de peligros, sino

que además posee un alma inmortal, creada á imagen de Dios y destinada á gozarle eternamente, y esta alma puede ser desfigurada al grado de volverse semejante al demonio.

Es sobre todo durante la niñez que la salud corre más peligros. La estadística ha demostrado que la mayor parte de los niños no llegan á los quince años. Por otra parte, el alma del niño, semejante á una materia blanda y flexible, recibe más fácilmente la impresión del bien que se le quiere inculcar.

Por la misma razón, da menos trabajo reprimir los instintos viciosos que se manifiestan desde la infancia.

Pero es preciso confesarlo, el alma del niño no es menos accesible á la influencia del mal, que penetra en ella por los malos ejemplos y por las conversaciones deshonestas, se le adhiere como un parásito, crece con ella y da al fin los frutos más deplorables.

Y bien estos pequeños seres, tan preciosos y tan expuestos á todo género de peligros, se confían á la niñera durante días, semanas, meses y aun años enteros. ¿Es posible que padres juiciosos puedan permanecer indiferentes respecto á las cualidades de la persona á quien confían el cuidado de sus hijos?

No hay exageración al pretender que, en muchos casos, el cargo de la niñera tenga mucha más importancia sobre la educación del niño que el del institutor.

Este se limita, por decirlo así, á enseñar á los niños conocimientos relativos á las cosas de esta vida, y no tiene, fuera de las horas de clase, más que una acción muy débil, si

no enteramente nula, sobre sus jóvenes discípulos.

También sucede con frecuencia que, en una misma escuela, niños piadosos y modestos tengan que sentarse junto á niños viciosos y consentidos; es por lo que el maestro, suponiéndole animado de los sentimientos más cristianos, no está en la posibilidad de cambiar el carácter de sus discípulos. Casi todos se quedan como han sido educados en el seno de sus familias.

Al contrario la niñera, semejante en este punto á la madre, tiene relaciones continuas con los niños: les habla, les anima ó les advierte, y se puede decir que toda su conducta es un ejemplo permanente para esos pequeños seres tan inclinados á la imitación.

Una joven piadosa y bien educada se complacerá en inclinar á los niños á la piedad, les hablará de Dios ó no permitirá que le ofendan en su conducta ó en sus palabras; en tanto que una persona ordinaria, falta de educación, les dará el ejemplo de la hipocresía, de la cólera, del orgullo y de otros vicios aún más funestos. En fin, el menor peligro al que estarán expuestos será el de ser tratados de una manera brusca y estúpida.

Una persona conocida me contó hace poco, que, mientras se paseaba en el paseo R. . . . , una niña apenas de dos años de edad se acercó á ella y le dió la mano, cuando la nana se le abalanzó y le pegó. He aquí cómo pueden ser tratados como perros, cuando se les confía á niñeras que no tienen ni corazón ni inteligencia.

Declarémoslo sin rodeos, es al mismo tiempo pecar contra la razón, herirse la conciencia y hacerse culpable hacia los niños, el tomar para cuidarlos, la primera que se presenta, con tal que pueda ajustarse por un módico salario, sin informarse de antemano si es virtuosa, informándose á lo más si ha tenido ya el cuidado de otros niños y si es capaz de darles las atenciones corporales que reclama su edad.

Pero admitiendo que la joven que se presente, esté dotada de un excelente carácter y animada del deseo sincero de cuidarles bien, esto no es suficiente; es preciso que esté al corriente de los deberes que tiene que cumplir, si no, estará expuesta á comprometer, sin pensarlo siquiera, sea por imprudencia, sea por negligencia, la salud ó la inocencia de los pequeños seres que se confiarán á su cuidado.

Estas consideraciones me han inspirado la idea de escribir las páginas siguientes, en las cuales las niñeras pueden aprender cómo deben portarse con los niños, para ser en cierto modo, los ángeles guardianes de la tierra. Las madres de familia, por su parte, encontrarán referencias sobre los puntos que deben preocuparles en sus relaciones, sea para con los niños, sea para con las niñeras.

CAPITULO II.

Primera consideración, que es preciso no perder de vista.

El oficio de la cocinera, es preparar por medio de carnes y legumbres, el alimento de sus amos. Si echa á perder alguno, éstos le manifiestan su disgusto. La condición de la niñera á los ojos del mundo, es más humilde; pero delante de Dios, ¿cuál no es su importancia? ¿Los niños que se le confían no son el tesoro más precioso de Dios sobre la tierra?

Llegados á cierta edad, los hombres ordinariamente han cometido tantos pecados, que está uno en el caso de dudar si gozan de la gracia y amistad de Dios. Al contrario, el alma del niño que ha conservado su inocencia bautismal, está revestida de una belleza inefable, que la hace objeto de la complacencia Divina. El Padre Eterno adopta á todo niño que recibe el bautismo, y esto es tan cierto, que se puede decir que jamás el amor de los padres, ni aún por un hijo único, ha igualado el amor de Dios por un niño bautizado. Tal es el sentido de las palabras que hizo oír Nuestro Señor por medio del profeta Isaías: “Una madre olvidaría más bien el”
“fruto de sus entrañas y no tendría corazón”
“para él, antes que yo te olvide, pues llevo”
“tu nombre escrito en mis manos.”

El niño es bautizado en el nombre de Jesucristo, que le ha comprado bien caro, puesto

que ha sido al precio de su sangre y de su vida. Este dulce Salvador ha dicho estas consoladoras palabras: "Dejad que los niños se" "acerquen á mí, porque el Reino de los" "Cielos les pertenece." Suponed que hubierais vivido en el tiempo de la Madre de Dios y que un día os hubiese dado á su querido hijo Jesus á cuidar. ¿Con qué alegría, mezclada de temor y amor, habríais hecho todos vuestros esfuerzos para cuidar bien al Divino Niño? Pues bien; podeis hoy en la persona de cada uno de los niños que sus padres os confían, servir á Jesucristo tan realmente como si hubieseis tenido la dicha de servirle á El mismo, durante su infancia. ¿No es El quien ha dicho: "El que recibe á uno de estos pequeños en mi nombre, á mí me recibe?"

Por su parte, el Espíritu Santo ha elegido su templo en el alma del niño, á la cual el bautismo imprime un caracter sagrado. Creeríais pecar gravemente si faltabais al respeto á un Crucifijo ó proferíais palabras injuriosas contra una santa Imagen. Pues bien, ¿no olvidéis jamás que el niño es imagen de Dios, imagen viva que le ha sido consagrada por el Santo Sacramento del bautismo. De aquí esta terrible maldición sobre aquel que escandalizare á un niño: "Más le valiera á" "aquel hombre, dice el Salvador, que le" "amarrasen una piedra de molino al cuello," "y fuese precipitado al fondo del mar." Hé aquí un punto además digno de vuestras reflexiones. La mayor parte de las niñeras en presencia de los padres se muestran llenas de solicitud y bondad para los niños.

Por vosotras, en vuestra conducta y en vuestras relaciones con los niños, acordaos con preferencia de los derechos de Dios sobre ellos. Porque son más aun la propiedad de Dios y el objeto de su solicitud, que la propiedad de sus padres y el objeto de sus cuidados. Y este Divino Padre, lleno de amor por los niños, está presente en todas partes y ve cómo tratáis á estos pequeños seres confiados á vuestro cuidado. Un día el Señor dijo á Pedro: "Pedro, me amas?" Pedro respondió: "Señor, sabeis que os amo." El Señor replicó: "Apacienta mis ovejas." Estas palabras os las dirige igualmente el Señor y si le amais, es preciso demostrárselo, cuidando bien á los niños que son sus corderos.

A más Dios ha dado á cada niño un angel guardián que observa el bien ó el mal que haceis á su protegido y que, en el día de vuestro juicio, estará presente para acusaros ó defenderos, según lo hayais merecido.

Tratad pues, de ganar la amistad y la benevolencia de este angel secundándole en su misión tutelar y pedidle en frecuentes oraciones que os ayude á cumplir bien vuestros deberes: En cualquier parte que os encontréis, no olvidéis que no estais sola con el niño. Recordad la presencia de Dios que ha creado, rescatado y santificado el alma del niño; la presencia de su angel guardián, que os observa en silencio tomando nota exacta de todas vuestras acciones. De todo esto podeis concluir que vuestra felicidad ó desdicha eterna depende en mucho de la conducta que hubieseis tenido con los niños que se os confiaron.

CAPITULO III.

Primeros deberes á la vez fáciles é indispensables,

Tomando una niñera, los padres quieren asegurar á su hijo los cuidados corporales que reclama su edad. Es ante todo vuestro deber no comprometer, por vuestra negligencia ó vuestra imprudencia, la vida ó la salud de los niños. Más de una niñera se ha vuelto homicida sin querer, porque mientras más pequeño es un niño más su vida semejante á una debil llama puede, fácilmente apagarse. Voy pues, á indicaros algunos de los peligros que es preciso sobre todo evitar. Si cuidais pequeñitos, tened sobre todo mucho cuidado en su alimento.

Cuando un niño es muy pequeño no se le debe dar sino leche, cuidando no dejarle llevarse á la boca ningún alimento preparado para personas grandes, pues su estómago es muy debil, no podría digerirlo. Debeis, mientras que el niño no sabe hablar, cuidar de que todo esté en orden á su alrededor y que nada le falte. Vuestra atención debe despertarse al menor grito á la menor molestia, al menor sufrimiento que anuncie con sus movimientos. En la noche no le paseis jamás á vuestra cama para sosegarle fácilmente, una porción de hechos demuestran que podríais aplastarle ó ahogarle durante vuestro sueño. Privado de discernimiento y casi siempre distraído, el niño corre, sin pensarlo, al encuen-

tro del peligro donde, si lo nota, es las más veces demasiado torpe para evitarlo.

Es vuestro deber el apartarle de todo accidente con una vigilancia inteligente y continua. Los niños están sujetos á caerse aun en terreno plano; pero lo que es aun más peligroso, pueden caerse de una silla, de una escalera, de una ventana, ó en un pozo, en un río, etc. Cuando un niño ensaya sus primeros pasos, puede sucederle un accidente, aun en el piso de un cuarto, pues si no teneis los ojos constantemente sobre él, irá á pegarse contra algún mueble, lo que tiene consecuencias muy funestas, á causa de la muy poca solidez de su craneo.

Un niño puede ser machucado por un tren, herido por el ganado, picado por una avispa; puede acercarse demasiado al fuego, comer una fruta verde, tragarse algún objeto que le puede ocasionar vivos dolores y aun la muerte. Otras veces un niño se introduce no solamente en la boca, sino también en la nariz y en los oídos, objetos que no se pueden sacar sino con muchos trabajos y por medio de operaciones muy dolorosas.

Puede también causarse mucho mal ó causarlo á otros con una aguja, un cuchillo, un tenedor ó cualquier objeto peligroso. Puede hacerse mucho daño y á veces heridas muy graves, divirtiéndose en mirar á los obreros partir leña, romper piedra ó manejar alguna máquina.

En fin, se sabe que los niños, entregados á ellos mismos se han causado grandes males por causa de su imprudencia. Y bien, si

se os confían los niños, es vuestro primer deber el cuidarles bien, es decir, preservarlos por una vigilancia continua de los diversos accidentes que acabo de enumerar. Mientras más peligroso sea el lugar en que os encontréis con ellos vuestra mirada atenta no debe perderles un momento.

En una ciudad de baños, en donde estaba yo hace algún tiempo, las niñeras un día se habían reunido en una gran plaza, frente al Kursaal, para oír la música, cuando un coche que venía al galope, estuvo á punto de atropellar á un niño. Un señor, testigo de lo ocurrido, se indignó contra el cochero y le dió de bastonazos. Sin disculpar á este señor es preciso confesar que los palos eran más merecidos para la niñera. He aquí otro ejemplo:

Conozco á alguien á quien el descuido de su niñera pudo costarle la vida y debió su salvación al instinto admirable de un perrito. Un día en su tierna infancia, cuando apenas contaba algunos meses de edad, su niñera le puso en una cama y le dejó solo. Sin embargo, para impedir que se cayera, metió el vestido que era muy largo entre los colchones. Cuando ella había partido, el niño, á fuerza de movimientos, colgó la cabeza y medio cuerpo fuera de la cama, quedando detenido por el vestido. No hubiera tardado en asfixiarse, mas por fortuna, se encontraba ahí un perrito que se lanzó por la puerta entreabierta, y bajó hasta el primer escalón, se puso á ladrar y á tirar de la orilla del vestido á la madre é hizo que le siguiera toda inquieta á la recámara. Ella estuvo por cierto oportuna-

mente, pues su hijo tenía la cara amoratada y casi no daba señales de vida. Fué así como la Divina Providencia se sirvió de un animal fiel para preservar al niño de una muerte segura, á la que lo había expuesto su imprudente niñera. Un año entero puede pasarse sin que suceda el menor accidente, y bastará un momento de olvido, de distracción de vuestra parte para que suceda una desgracia, y la responsabilidad caerá sobre vos delante Dios y de los padres. No llevéis nunca á los niños á los lugares en que hay mucha gente, por ejemplo á las ferias. Corren peligro de ser atropellados, y hasta pisoteados. Guardaos de emprender largas conversaciones, que os harían perder de vista á los niños. No confiéis jamás su cuidado á otras personas, para poderos alejar de ellos unos instantes. Esas personas podrían no tener la buena voluntad ó la experiencia necesaria para tratarles convenientemente ó podrían escandalizarles con conversaciones impropias.

Hay también enemigos invisibles contra los cuales debéis proteger la vida y la salud de los niños. Un enfriamiento puede causarles una enfermedad grave, muchas veces mortal.

No les dejéis cuando estén sudando beber agua fría ó recostarse en el pasto. El mismo peligro corre el niño que lleváis en brazos, si os detenéis con él á la entrada de un zaguán ó le exponéis á una corriente de aire ó entráis con él á una iglesia fría y os detenéis largo rato. Una señora noble y rica, que conozco, tenía un hijo único, del que nunca se

separaba. De vez en cuando tenía que ir á la capital, y el niño con su niñera le acompañaban. Un día en que estaba comprando en un almacén, dió orden á la niñera de pasearse con el niño en la calle. Mas la niñera en lugar de pasearle, se detuvo largo tiempo frente á una puerta cochera en la que un vendedor había instalado sus estampas. En aquel lugar reinaba una corriente de aire, que ocasionó al niño una congestión cerebral, de la que murió á las pocas horas. Así es que por la desobediencia de la niñera, los padres perdieron á su hijo único.

Es igualmente muy peligroso sacar al aire libre á los niños cuando el tiempo es tempestuoso ó lluvioso, cuando hace mucho calor ó mucho frío. Preservables de los rayos del sol, estando con la cabeza descubierta.

No olvidéis que los niños necesitan estar más abrigados que las personas grandes. Tened cuidado de que estén suficientemente vestidos. La mayor parte de las enfermedades viene de enfriamientos y sobre todo del enfriamiento de pies.

Si sucede por vuestra causa, que un niño se lastime, no dejéis por temor de ser regañada de informar á los padres.

Cuántos niños se han quedado por toda su vida estropeados por que su niñera ha dejado ignorar un golpe ú otro accidente que ha ocasionado una enfermedad interior y los ha privado del uso de un miembro. En cuanto notéis algún trastorno en el niño, avisad á la madre. No está fuera del caso el decirnos que cuando se carga un niño se debe alternar de

brazo. En fin, no descuidéis ninguna de las precauciones que la conciencia y la razón os dictarán para proteger la vida y la salud de los niños confiados á vuestro cuidado. El arrepentimiento llegaría muy tarde, puesto que no les podría devolver esos inestimables bienes perdidos por vuestra culpa. Una familia acomodada tiene varios hijos todos robustos y sanos, menos una hija jorobada y enferma. Un día vinieron á suplicar á la señora fuese á ver á una niñera, que había tenido que se hallaba en artículo de muerte, y no quería morir sin confiarle un secreto. Cuando la señora estuvo delante de la enferma, ésta declaró que no quería morir sin confesar una falta que su conciencia le reprochaba. Ella tenía la culpa de las enfermedades de la hija de la señora. Pues que cuando estaba á su servicio, un día tenía á la niña sentada en una mesa. En tales momentos llegó frente á la casa un organito; y para oír mejor se acercó á la ventana. Mientras tanto la niña, que era muy viva, hizo un movimiento y calló de espaldas en el suelo. El dolor la hizo llorar mucho, y después cuando la bañaba, y la vestía, sufría cruelmente. Mas la niñera calló lo que había sucedido y tuvo la culpa de que no se recurriera al médico y la niña se quedara jorobada. Durante toda su vida los remordimientos la atormentaron y le arrancaron al fin una confesión sin utilidad para la infeliz señorita. Citemos otro ejemplo.

En la ciudad de Constancia, no hace mucho tiempo, una niñera con un niño en brazos, se había parado en un puente del Rhin,

y apoyada en el barandal, platicaba tranquilamente con un militar. De repente la criatura hizo un movimiento brusco, se le escapó de los brazos y cayó en el río en donde encontró la muerte. ¡Juzgad en qué estado volvería á casa de sus amos y cómo estaría su conciencia!

El único, el importante negocio de una niñera, es cuidar bien á los niños, porque son incapaces de cuidarse á sí mismos. Es preciso que podáis ser considerada como su ángel guardián en la tierra, preservando del mal, no sólo su cuerpo delicado, sino sobre todo su alma inocente.

CAPITULO IV.

Cuán preciosa es el alma del niño.

El alma del niño es aún más digna de interés que su cuerpo y lo mismo que éste, falta de cuidados, puede ser desfigurada de una manera terrible.

Naturalmente, mejor que las personas grandes, el niño no tiene ni pensamientos ni deseos impuros; no busca las riquezas ni los bienes, y está exento de los cuidados de la fortuna. Él no tiene pensamientos orgullosos, y olvida muy pronto la pean que se le puede haber causado. Da fe á todo lo que se le dice, y si se le previene seriamente, evita toda es-

pecie de pecado. En fin, es generoso y se impone sacrificios en favor de otro, cuando se le hace estimar la belleza y el mérito de la abnegación.

Añadamos que el Bautismo deposita en el alma del niño el germen de la santidad que se desarrolla desde el día en que se despierta la razón en su inteligencia y que ésta recibe una educación cristiana. Es por lo que, cuando se les habla de Dios y de sus perfecciones, son tan atentos y respetuosos. Lo mismo su corazoncito se inflama fácilmente de amor por el Padre celestial y por el Divino Salvador.

Se ha visto niños que durante una enfermedad llaman, con sus oraciones, la muerte mejor que la salud, tan grande es su deseo de ir al cielo. ¿No estamos autorizados á creer que sienten que el cielo es su verdadera patria y que á él tienen derechos naturales, puesto que tan seguido lo hacen objeto de sus pensamientos y de sus conversaciones? Esta buena naturaleza de los niños, esta inclinación á la piedad se pierde desgraciadamente en la mayor parte con el tiempo.

Esto sucede porque el hombre trae también al nacer una inclinación al mal, la que se manifiesta en algunos niños desde muy pequeños.

Se encuentran algunos que son coléricos, obstinados, vengativos, glotones y mentirosos desde sus primeros años.

Si no se toma la precaución de combatir las inclinaciones viciosas, crecen como malas yerbas y acaban por ahogar todas las buenas disposiciones. Esto explica por qué mi-

llares de hombres viven y mueren en pecado mortal y acaban por condenarse para siempre, ellos que sus almas, consagradas á Dios por el Bautismo, estaban destinadas á poseer el cielo, y que comenzaron por ser unos niños llenos de bondad y de inocencia.

CAPITULO V.

Gran responsabilidad de la niñera respecto de la educación de los niños.

Los niños llegan á ser, creciendo, hombres virtuosos ó viciosos, según que sus buenas ó malas inclinaciones toman mayor fuerza y les arrastran habitualmente. Su felicidad ó su desgracia eterna depende en mucho de las personas encargadas de educarles. Esta obligación, pertenece, primero y sobre todo, á los padres. Pero vosotras tenéis á los niños á vuestra disposición y se puede afirmar que teneis en muchos casos más relaciones con ellos que el padre y la madre. De ahí para vosotras la obligación sagrada de consagrar á su educación moral la más viva solicitud. Cumplid este deber, sin inquietaros si tal es el deseo de los padres y si le dan importancia.

Muchos padres tienen más cuidado del cuerpo que del alma de sus hijos y se dan rara vez cuenta de la influencia que podéis ejercer

sobre ésta. La importante consideración que debe guiaros, es que esta alma pertenece á Dios, que la ha creado, rescatado y santificado. Tendreis que responder un día ante ese terrible tribunal de la salvación no sólo de vuestra alma, sino de las almas de esos niños, si no habeis hecho todos vuestros esfuerzos para aléjarles del vicio é infundirles el amor á la virtud. Suponed que alguno os diera á cuidar dos ovejas y que, por vuestro descuido, una de ellas pereciese. ¿Cuál no sería vuestra inquietud cuando al volver á casa encontrarais al dueño irritado contra vos?

¿Qué es, sin embargo, una oveja comparada con el alma inmortal de un niño y la cólera de un hombre, comparada á la majestad terrible del Soberano Juez?

Pero si llegáis á inspirar á un niño el amor y el temor de Dios y si gracias á vuestros cuidados, se vuelve un buen cristiano, habréis hecho una obra grandemente meritoria á los ojos de Dios que os recompensará más allá de toda medida.

Vamos á ver ahora lo que debéis hacer ó evitar para presentaros más tarde con confianza delante del Padre celestial del niño y de su Divino Salvador.

CAPITULO VI.

Falta la más funesta.

Es preciso emplear todas nuestras precauciones para evitar el escandalizar á los niños. Si alguna vez vos fuérais causa de que uno de ellos perdiera su inocencia, tendríais delante de Dios una responsabilidad más grande que si pusieseis fuego á una casa y varias personas murieran en el siniestro. El Señor ha dicho: "Desgraciado aquel que escandalizare "uno de estos pequeñuelos, y le arrastrase "al pecado, más le valiera que se le amarrase "se al cuello una piedra de molino, y fuese "precipitado en el fondo del mar." El pecado más funesto de que os podreis hacer culpables respecto á los niños, es enseñarles cosas contrarias á la virtud de la pureza y sin embargo esto puede suceder algunas veces por imprudencia. Cuidáos de creer que los niños no ponen cuidado alguno en las palabras y acciones contrarias á la decencia, de las cuales fueran el objeto ó solamente los testigos. Una palabra deshonestas, una mirada sensual, una acción culpable es suficiente muchas veces para depositar en su alma el germen del vicio vergonzoso. Cuando la semilla de una planta venenosa cae en la nieve, se entierra en cuanto la nieve se funde, y poco después, bajo la influencia del sol primaveral, nace, crece y acaba por dar frutos de muerte. Lo mismo pasa en los niños, cuando

llegan á cierta edad. Estos malos recuerdos despiertan en ellos inclinaciones sensuales, seguidas de deseos y á veces de acciones deshonestas. Si tenéis que vestiros ó desnudaros, delante de ellos, redoblad vuestras precauciones y sed siempre modestas cuidando de estar decentemente cubiertas. Cuidad también que ellos mismos sean reservados, no descubriéndose y no permitáis que ni en sus juegos, ni consigo mismos tengan ningún tocamiento deshonesto.

Es preciso no llevarles nunca á reuniones en que su inocencia corra el peligro de ser escandalizada por la conducta ligera de ciertas personas, por ejemplo, á bailes donde los dos sexos tienen sus pasatiempos.

¿Qué opinión tendríais de un pastor que llevase su rebaño á un bosque lleno de lobos ó de otros animales feroces? Lo encontraríais muy imprudente, ¿no es cierto?

En fin, no permitais nunca á los niños escapar de vuestra vigilancia para correr y jugar por las calles. Sucede á menudo que niños, muy bien cuidados en su casa, se han echado á perder deplorablemente, por haber jugado en la calle con pequeños vagamundos, que los han iniciado en el vicio.

No tengáis la imprudencia de hablarles de casamientos y amores, ni de cantar en supresencia canciones excesivamente amorosas. Esto atraería su atención sobre cosas que deben quedar ignoradas de su corazón inocente. Cuando ellos mismos os hagan preguntas difíciles, por ejemplo, de dónde vienen los niños, decidles simplemente que Dios los ha

criado y dado á sus padres. Otras veces, se haría bien en decirles que no deben ser tan curiosos y que no tienen que pensar en esas cosas. Hacedos un deber de conciencia el preservarles de todo pecado vergonzoso. No hay falta que tenga consecuencias más funestas y más difíciles de hacerse desaparecer. Más de una niñera, en su juventud ha manchado por ligereza ó propia corrupción, el alma de los niños que cuidaba, y ahora casada y después de tanto tiempo, no piensa ya en su conducta de entonces. Pero Dios no lo ha olvidado y esta desgraciada persona verá en el día del juicio, con un terror inexplicable, el mal que hizo á una alma inocente.

CAPITULO VII.

Verdad y mentira.

Dios, al dar al hombre la facultad de la palabra, quiere que no haga uso de ella sino para el servicio de la verdad, y no para el de la mentira, aunque debiese costarle la vida.

Cuando un niño comienza á hablar, puede sentir la tentación de mentir. Algunas veces es él mismo el que cae en este vicio, por ejemplo, para ocultar una falta por la que teme ser castigado.

Pero, lo más frecuente, es que las personas

grandes son las que enseñan á los niños á mentir, pues muchas que miran la mentira como un pecado, no creen hacer ningún mal engañando á un niño con promesas ó amenazas que no tienen intención de cumplir, ó bien molestándoles con afirmaciones que no tienen ningún fundamento. El niño comprende muy pronto que todo aquello no es cierto y que se le ha engañado.

Insensiblemente contrae él mismo la costumbre de mentir, imitando el ejemplo que se le ha dado cada día se vuelve más descarado, mintiendo á cada instante, sin inquietarse de los pecados que comete. Lo véis, es á causa del escándalo, una falta mucho más grave engañar á un niño que á una persona grande, y debéis, por este motivo, evitar las mentiras no solamente en interés de vuestra alma, sino sobre todo en interés de las almas de los niños que cuidáis. Tened siempre con ellos un lenguaje sincero, sin hacerles promesas y amenazas que no habéis de cumplir. No mintáis por diversión. porque es ofender á Dios.

Aquí debo ponerlos en guardia contra una clase de mentira muy funesta que consiste en asustar á los niños por medio de historias de espantos, de ogros ó de duendes.

Si el niño os cree, esto puede causarle por la noche un miedo excesivo, y si no os cree, os mirará como una embustera.

Si estáis al servicio de una familia en la que los niños hayan contraído la costumbre de mentir, poned todo vuestro empeño para sanar sus almas de este vicio más asqueroso.

que si una horrible erupción manchase sus cuerpos delicados. Decidles, con este motivo, que Dios conoce todas las mentiras que se dicen, que no las olvida y les tiene grande horror; que el demonio, autor de la primera mentira, procura hacernos mentir siguiendo su ejemplo; en fin, recordadles algunos hechos de la vida de los mártires que podían escapar del suplicio y de una muerte cruel con sólo decir una mentira y prefirieron morir entre los tormentos antes que negar la verdad. Los niños comprenderán pronto que la sinceridad es una virtud muy bella y que será un grande honor para ellos, si se puede decir que jamás mienten y que sus palabras son siempre verdaderas. Cuánto trabajo se toman la mayor parte de las niñeras para poner á los niños más hermosos, los lavan, los peinan con gran cuidado, con qué gusto los visten, y en esto, tienen perfectamente razón. Pues bien, vuestro mérito será mucho mayor, si llegáis á corregir á los niños de la costumbre de mentir, vicio que mancha sus almas más aún que si una asquerosa erupción manchase sus cuerpos.

¡Qué bella es el alma de un niño sincero que, por ningún precio, diría una mentira de propósito deliberado, y al que su simple afirmación vale tanto como el juramento de un hombre de bien!

Hay niños en los que una severa educación cristiana desarrolla los mismos sentimientos que en los primeros mártires y que ni las promesas ni amenazas impedirían decir la verdad. Una niña dulce y tímida, que conocí,

vivía con sus padres en una miserable choza aislada. Su padre, hombre ordinario y violento, debió comparecer un día en presencia del Juez de Instrucción como comprometido en un desgraciado accidente. Aconteció un encuentro entre ladrones y guarda bosques y en la lucha un hombre quedó tendido en el terreno. Los padres exigieron de la niña que declarase delante del Juez que su padre se encontraba en casa á la hora del accidente. Pero la niña respondió que no podía decir eso, porque era una mentira y fué inquebrantable. Debeis respetar la verdad no solo en vuestras palabras, sino aun en toda vuestra conducta. ¿No sería dar un ejemplo de hipocresía, si delante de los padres tratáis á los niños con benevolencia y dulzura, de manera de hacer creer que les amais mucho, y después cuando os encontráis solas con ellos les tratáis con brusquedad y les maltratáis?

Más de una madre trata de informarse de la conducta de la niñera, con los mismos niños sobre todo cuando tiene poco de estar á su servicio.

Y bien, si os sucediere algo desagradable en vuestro trato con los niños, ó si los habeis llevado á algun lugar que se os haya prohibido, tendríais la tentación, para ocultar vuestra falta á los padres, de inducir á los niños á guardar silencio ó á no decir toda la verdad. Esto sería aconsejar una mala acción. Soportad mejor el regaño de vuestra ama puesto que lo habeis merecido, antes que enseñar á los niños el vicio del disimulo y de la mentira.

CAPITULO VIII.

Justicia é injusticia.

El que es mentiroso es ladrón, dice el proverbio.

Esto no es cierto siempre, pero lo contrario lo es ciertamente, puesto que el que comete un robo se hace al mismo tiempo culpable de una mentira.

Los niños toman de buena gana todos los objetos que les gustan. En cuanto estén en edad de comprender vuestras observaciones, no tardeis en reprender en ellos esta inclinación que tienen de apoderarse del bien ajeno, aunque se tratase de una pluma ó de un juguete. Enseñadles á no tomar nada, sin pedir antes permiso, y á no murmurar cuando se les niega. Ellos comprenderán muy pronto esta máxima del Evangelio: "No hagáis á otro, lo que no queráis que sea hecho á tí mismo." Esta ley se encuentra grabada en toda alma humana, se trata solamente de hacer al niño fijarse en ella y de recordársela en ciertas ocasiones favorables. Cuando un niño ha quebrado, por ejemplo, un juguete de sus pequeños compañeros ó pisado las flores ó legumbres de un jardín ajeno, preguntadle si le gustaría le hiciesen lo mismo. Como tiene que confesar que no, recordadle el mandamiento divino: "No hagas á otro lo que no quieras que sea hecho á tí mismo."

Añadid esta flexión: que Dios tiene su vista fija en nosotros y vé el mal que causamos al prójimo, robando ó destruyendo un objeto que no nos pertenece, y que Él escribe esta mala acción en el libro de su justicia, para castigarla más tarde.

Es preciso grabar en los niños esta verdad: que todos los hombres son hijos de Dios y que ama tanto al niño pobre y desgraciado como al rico vástago de una familia ilustre; y que el primero le será más agradable, si es piadoso y más obediente que el otro. No esperéis que los niños estén en edad de frecuentar la escuela para enseñarles la parábola del rico avariento y del pobre Lázaro. Esta historia será sobre todo saludable á los niños nacidos en medio del lujo y de la vanidad.

CAPITULO IX.

Humildad y orgullo.

El Salvador nos ha puesto á los niños por modelo á causa de su humildad. Es á sus ojos el más bello adorno; y es por lo que dice: "Dejad que los niños se acerquen á mí, porque el Reino del Cielo les pertenece."

En efecto, en tanto que un niño no está adulado, no saca ninguna vanidad de su inteligencia ó de su belleza, de su fortuna ó del

rango elevado de sus padres. Además, cree de buena gana que las personas de más edad son mejores y valen más que él. Desgraciadamente, y es muy triste confesarlo, son las personas grandes quienes desde muy temprano inoculan su vanidad en cierto modo á los niños, sin sospechar el mal que les hacen. Debo explicarme sobre este punto, para poner en guardia é impedirlos el destruir en el alma de los niños lo que les atrae la complacencia Divina, es decir, su humildad y su modestia. Frecuentemente se tiene con los niños este lenguaje imprudente: *Qué bonito vestido tienes. Qué bien te está tu traje.* Se le pone enfrente de un espejo, para que se contemplen. Otras veces se les habla de la fortuna y del rango elevado de sus padres.

Tú también, se les dice, *llegarás á ser un señor distinguido ó una gran señora.* Tales discursos no son propios sino para inspirar á los niños pensamientos de orgullo. Hay el mismo peligro en compararles con otros niños, diciéndoles: *Vosotros sois más bellos, más fuertes, más inteligentes que tal ó cual de vuestros compañeros; tenéis más lindos juguetes que ellos; ó bien: Vosotros sois más juiciosos y más piadosos, en tanto que ellos son malos y desagradables; os quiero más que á ellos, etc., etc.* Estos discursos no sólo llenan á los niños de vanidad, más aun les quitan toda benevolencia para los otros, á los que se creen superiores y quieren ser preferidos.

No alabéis á los niños por cualidades ó prerrogativas que serían sin valor respecto á la fe. Cuando son piadosos, obedientes y apli-

cados, no los alabéis más que lo que es necesario para animarles.

Es descomponer á los niños el contar en su presencia lo que han dicho ó hecho de notable. Escuchando estos relatos, se figuran ser personajes importantes, con menoscabo de su humildad.

Debéis igualmente reprender á los niños cuando se alaban de su fortuna, de su rango, de su inteligencia ó de sus talentos naturales. Decidles que todo eso es sin mérito delante de Dios. Cuando hayan hecho una buena acción, recordadles que Dios que lo sabe, la tiene en cuenta, que eso es lo importante y que no es preciso que la den á saber.

Tal vez me responderéis que no hay mal en querer agradar á los otros. He aquí la respuesta de S. Pablo: "Queriendo agradar á los "hombres, cesaré de ser el servidor de Jesu-" "cristo;" y el Salvador mismo nos enseña á no buscar nuestra gloria delante de los hombres, sino solamente delante de Dios, declarando que todo lo que hagamos para atraer las miradas del mundo, como el rezar mucho por ostentación, no nos sirve de nada.